

## Lucía

Lucía Allendelagua baja del metro. Camina y se da cuenta de que todavía no aprende a confundirse entre la multitud, se lo dicen su blusa violeta y su pantalón verde limón. Sube las escaleras y se pregunta por qué a pesar de estar tan cerca, la gente nunca se habla en los vagones. El aire le golpea la cara. Es un aire frío, muy distinto del que lleva dentro. Para menguar los nervios hace una profunda inhalación. La ciudad huele a hierro viejo.

Da el primer paso sobre la acera. *No tengo que ir*, piensa. Las manos comienzan a sudar perfume. Camina entre puestos y gente. *No debería ir, siquiera*. Arturo le propuso llegar al parque y esperar en una banca de piedra. Se amarra el cabello en un chongo. Los marchantes le ofrecen fruta, discos, comida, “pásele güerita sí hay sí hay”. Lucía siempre se ha preguntado cómo es que logran ofrecerle el sexo en el tono de las palabras. *Síhaysíhay. Pero si yo no tengo un sexo*, se dice. Vuelve lentos los pasos porque avista el parque. *¿Por qué me cita en el parque? Sabe que no puedo ocultarme entre miradas de otra gente*. Es la tercera vez que lo ve. La primera fue un encuentro imprevisto en una

fiesta. Lucía, Arturo, Arturo, Lucía. Mucho gusto, muchogusto. Conversaron de libros, de cine, de las pocas cosas que le interesan a Lucía. Después hubo un silencio incómodo que se rompió con la despedida.

“Ya me voy”, dijo Lucía y extendió la mano. La segunda vez fue planeado. “Una película, un paseo por la librería y luego a mi bar preferido”, sugirió Arturo. Lucía no sabía si la estaba pasando bien, si quería convencerse de estar pasándola bien, si se estaba engañando de estar pasándola bien, si él estaba fingiendo pasarla bien, si... Cuando la llevó a su casa él intentó besarla. Lucía se apartó sin saber si quería apartarse, si él esperaba que ella se apartara o si él sabía que ella se iba a apartar. Sin saber porque nosabenadanunca.

Para verse esta tercera vez, Arturo la llamó angustiado. “Quiero hablarte, dijo, en el parque a las tres”. *Debería verlo llegar de lejos y luego irme*, se sugiere Lucía mientras espera el rojo del semáforo. Un hombre susurra palabras en su oído y se toca la entrepierna. *Pero yo no tengo un sexo, señor, me lo vedaron de golpe*. Aparece el rojo, pero Lucía no cruza. Mira el reloj, dos cincuenta y siete. *Tengo tiempo*, piensa y se entretiene en un puesto de maquillaje. Mira los barnices distraída. Recuerda que anoche soñó que Arturo la amenazaba en un salón de clase. “Me voy a vengar de ti”, le decía y mandaba a un par de hombres a perseguirla y amordazarla para meterle un desarmador entre las piernas. “Te dije que lo haría”, repetía Arturo. *¿Será porque no dejé que me besara?*, pensaba Lucía dentro del sueño. Cuando despertó tuvo que masturbarse. *Véngate de mí, véngate, véngate en mí, venteenmí*. Luego se vistió de verde y violeta e hizo tiempo toda la mañana para salir a la calle.

Dos cincuenta y nueve.

—Me da este azul, por favor.